

MARCO MARTOS

**PABLO GUEVARA:
EN LAS FRONTERAS DE LA POESÍA**

Pablo Guevara Miraval, es sin duda alguna, uno de los poetas más queridos del Perú. Su desbordante simpatía contribuye a ello, pero principalmente es apreciado por la calidad de sus textos que por lo menos tres generaciones de lectores en la terminología de Petersen y de José Ortega y Gasset, le atribuyen. Dicho de otro modo: de acuerdo a la teoría de la recepción, numerosos lectores de distintas edades y gustos coinciden en considerar a Pablo Guevara como algo de lo más destacado de la poesía peruana del siglo XX.

Lo que más llama la atención es su actividad literaria, es que siendo el autor prolífico que sus amigos saben, no había publicado libros de poesía desde 1971 –cuando editó *Hotel del Cusco y otros poemas*– y sus otros libros eran prácticamente inhallables. Puede decirse pues que la fama de Guevara, se había sustentado en un conocimiento secreto de su poesía, de verdaderos fanáticos que la buscaban en bibliotecas, en librerías de viejo, en fotocopias.

Ahora, por primera vez en veintisiete años, podemos tener entre manos una parte importante de la producción de Pablo Guevara, gracias a la publicación de *La colisión*, un conjunto de cinco libros, llamados por su autor *Opera marítima en cinco actos*, que incluye *Un iceberg llamado poesía; En el bosque de hielos; A los ataúdes, a los ataúdes; Cariátides y Quadernas, quadernas, quadernas*.

Los libros y los poemas, dice Alfonso Reyes, son como los hijos, los engendramos, los vemos nacer con alegría, le ponemos nombre, los corregimos, y un buen día van por el mundo independientemente de nosotros. Así le ocurre a Pablo Guevara con sus primeros poemas, los de *Retorno a la creatura*, de 1957. Esos textos,

alejados de la sensibilidad actual del poeta, han calado en los lectores, han llegado a la universidad, a la escuela, e inclusive a aquellos que no leen habitualmente poesía. Así ocurre con el poema *Mi padre, un zapatero*, que empieza así:

Tenía un gran taller. Era parte del orbe.
Entre cueros y gritos y zarpazos él cantaba y cantaba
o se ahogaba en la vida. Con Forero y Arteche,
siempre Forero, siempre con Bazetti. Y mi padre
navegando y el amable licor como un reino sin fin.

Conseguía Pablo Guevara en ese texto, tempranamente adquirir un equilibrio entre realidad e idealización que caracterizaría a toda su obra poética posterior, de la que, como esas grandes masas de hielo de las zonas polares, apenas si hemos visto las superficies. En esto se asocia su conducta editorial a la actitud literaria de Mijael Lermontov (1814-1841), quien publicó cinco narraciones de apariencia independiente, pero que constituían una novela, la célebre *Un héroe de nuestro tiempo*, que le ha dado justa fama.

Ahora, con la publicación de *La colisión*, Pablo Guevara sorprende a lectores. El hipertexto, como se dice en la terminología literaria, es posmoderno. Pablo Guevara trabaja sus poemas bajo el supuesto de que existen vasos comunicantes, corrientes secretas, entre las distintas formas literarias, que solo muy aproximadamente podemos llamar géneros, aun cuando esa proteica masa literaria ostente todavía el pabellón de la lírica.

En *El canon de occidente*, libro que circula desde hace algunos años en las cátedras universitarias de todo el mundo, Harold Bloom, un provocador crítico literario norteamericano, dice que los poetas contemporáneos no suelen hablar de Dante, porque es con él con quien tienen que medir sus fuerzas. En ese largo umbral entre Edad Media y Modernidad, fue Dante el primero que cumplió la hazaña que habían cumplido las obras colectivas, los cancioneros medievales.

En la *Vita nova*, ese primer libro dedicado a Beatriz, utilizó indistintamente prosa y poesía, para alabar a su dama, representante del cielo en la tierra. Con fogonazos líricos, podemos decir que armó un libro entero en el que las partes sólo se explican por el todo y ese conjunto da fuerza a cada uno de los versos y a cada una de las líneas en prosa. De manera que un antecedente de la llamada hibridéz contemporánea, podemos hallarlo en ese hermoso libro de Dante que precede a su obra mayor *La Comedia*, que no es otra cosa que una magnífica epopeya, que preanuncia a la novela contemporánea.

Y justamente con la *Vita nova*, podemos relacionar *La colisión* de Pablo Guevara. Como en el libro de Dante, se trata de una estructura que combina páginas en verso, con páginas en prosa, si bien predomina la actitud lírica. Como en el libro del florentino, el texto de Guevara es unitario, cada una de sus porciones se explica en función al todo, sólo que ha cambiado lo que en la terminología literaria se llama el referente, la realidad que provoca la misma creación, que ya no es Beatriz, modelo de perfección y de inteligencia fuera de lo común, sino la propia realidad, el lenguaje y la misma poesía.

En uno de sus poemas dice Guevara:

Es la otra lectura de la historia

-¡Siglo Veinte! por primera vez la luna completa... oposiciones / contradicciones / implicancias / alternancias / modelizaciones / remodelizaciones / correspondencias y lecturas cruzadas lecturas sincrónicas y lecturas diacrónicas de lo uno y lo mismo de de lo de uno y diferente eran ya no más una sólo cara de la Luna la maravillosa / sino también la otra (Cara) la completamente llena de cráteres.... la fea.

Antes se ha mencionado que la poesía de Guevara tiene un hipertexto que es posmoderno. Espero, que sin caer en ninguna flagrante contradicción se acepte la idea de que la posmodernidad no

es otra cosa que la forma actual de modernidad... que lleva por lo menos cinco siglos, si aceptamos la idea de Marshall Berman cuando asegura que es el perpetuo movimiento lo que heredamos y conservamos del renacimiento y que, expresado en imágenes, puede quedar en la conocida frase “todo lo sólido se desvanece en el aire”. La idea que desarrolla Guevara en este fragmento fue enunciada por Víctor Hugo en el siglo XIX: “arrancarle belleza a la feo”. Y lo que en Hugo fue un programa, se convirtió en realización en *Las flores del mal* de Baudelaire.

Guevara escoge como metáfora central una imagen que el cine ha popularizado. No sabemos, ni interesa totalmente, si Guevara escribió su libro antes o después de la célebre película sobre el Titanic. Pareciera que Guevara siempre estuvo pensando en el Titanic, y como poeta que es, de esa circunstancia, el hundimiento de ese poderoso barco, ha trabajado una alegoría que ahora nos entrega con todo el esplendor de su potencia verbal.

La imagen de ese barco lleno de belleza, (y también de fealdad) con sus distintos estratos sociales en primera, segunda y tercera clase, que choca contra la hielos eternos y se hunde en las profundidades del océano, semeja la de la humanidad entera que aparentemente conoce sus radas de llegada, sus puertos felices, sus muelles de alegría y casi nunca cuenta con lo imprevisible que modifica su destino.

El lenguaje y la realidad, parece decirnos el texto, dominan al individuo, lo hacen a su imagen y semejanza, lo estrujan y lo destruyen casi siempre. El poeta va en la noche profunda, como Dante en los infiernos, como el Titanic en el mar de Terrenova, cumpliendo una tarea que le nace de las entrañas, pero que apenas puede cumplir: apoderarse de una pequeña porción de esa masa de hielo que es la poesía.

La Iglesia medieval se imaginaba a sí misma como una luz en las tinieblas. De la misma manera, una persistencia orienta al poeta en búsqueda de su destino. Si es verdad, como dice el texto, que los dos tercios de la humanidad tiene hambres crónicas, y con frecuen-

cia el tercio restante, se aburre, y algunos de los que tienen hambre se aburren, el poeta, se colige, es el hombre que no se aburre, que se ha impuesto, excútese la paradoja, una misión titánica, literalmente imposible de cumplir por él sólo: la de perfeccionar la poesía que como un bloque de hielo eterno permanece más hermosa y radiante que la palabra de los hombres.

La poesía de Guevara está en la contracorriente de lo que más se celebra hoy, esa literatura-objeto que se compra, se lee fácilmente y se deshecha, porque pronto aparece un producto de mercado similar, de colores rutilantes y de atracción poderosa.

No importa nada ahora que Guevara nos haya hecho esperar casi treinta años. Su texto nos conmueve, nos deja pensando, nos reconcilia con valores que creíamos olvidados sólo porque no los cultivan algunos artistas. La poesía de Guevara se relaciona con la vida en un mismo tejido estructural, es necesaria para el autor que la produce y vuelve a poner en nuestra mesa de trabajo una poderosa línea de poesía que nacida en González Prada tiene su mejor exponente en César Vallejo.

Con *La colisión*, Guevara coloca su nombre y su poesía junto a la de los más grandes del siglo XX. Tal vez la verificación de esta aseveración la podamos tener no sólo entre quienes celebramos su poesía, sino también entre sus detractores, aquella familia de retoños hogaño que dijo que *Trilce* no era poesía y que *Altazor* tampoco. Para responder a esa gente que habla a media voz, este saludo a la poesía de Pablo Guevara se ha titulado *En las fronteras de la poesía*, con el explícito propósito de subrayar el carácter pionero de Pablo Guevara.

En una ocasión, a José Carlos Mariátegui se le preguntó por su personaje favorito en la historia. Respondió que Colón. Así, en ese barco repleto de poetas que Guevara imagina, rumbo a la colisión con los hielos eternos de la poesía, el propio vate tiene un lugar de privilegio, que no el camarote más mullido, sino la zona de más peligro, en la cubierta, en la proa o la popa, en la zona de las máquinas, en lo más alto de los mástiles, atisbando el horizonte.